Rosario José Calderón
Autor: Manolo Campa

A pesar de ser hombre me llamo Rosario. ¿Por qué me llamo así? Pues… porque mi madre lo propuso, mi abuela la respaldó, mi padre se resignó a ello y el cura de mi pueblo lo modificó.

Permíteme contarte sobre mi nombre y también un poquito de mi vida: Mi madre soñaba con tener una guajirita (somos gente del campo) "linda como un amanecer" pero me tuvo a mí, que según he oído decir, parecía un pichón de aura tiñosa.

Mi buena madre había decidido que su hija se iba a llamar "Rosario María", una combinación del nombre del término municipal donde vivíamos: Santa María del Rosario. Mi abuela aprobó aquel nombre, ya que ella, toda una santa, era devota de María y rezaba el rosario a diario.

Cuando le dijeron a mi padre que me iban a poner el nombre de Rosario, por poco se traga la cachimba. Desconcertado, ensilló la yegua y cabalgó y cabalgó sin llegar a ningún lado, hasta que empezó a llover. Aquella llovizna le calmó los bríos. La lluvia y un cierto sentido de culpabilidad por lo diferente que yo era al sueño de mi madre, lo calmaron y regresó al bohío resignado a complacer a mi madre.

Un 19 de marzo me llevaron a bautizar. Gracias a esa fecha y al cura me llamo "Rosario José". El Padre Avelino, haciendo uso de toda su diplomacia criolla, recomendó colocar a José en el lugar de María "para que yo tuviese un santo patrón que me ayudase a ser muy trabajador".

Llevo mi nombre con agrado más que con resignación. Por inapropiado es diferente. La gente se acuerda fácilmente de él. De muchacho no me hizo mucha falta... como siempre fui delgado y pequeño, mis amigos me llamaban "Penquito" (diminutivo de penco: caballo pequeño y flaco).

Puede que alguien, al verme, crea que mi existencia es triste… pudiera ser pero no lo es. Dos mujeres, mi madre y mi abuela, me enseñaron el secreto de la verdadera felicidad y disfruto mi vida a plenitud.

La alegría de servir la aprendí desde niño, cuando empecé a ayudar a mi madre: Le ayudaba a despeluzar el maíz, le alcanzaba agua del pozo, alimentaba a los puercos y las gallinas… la sonrisa de agradecimiento de ella me producía un gozo inigualable que se repite cada vez que tiendo una mano al que la necesita.

El que me guste relacionarme a los demás se lo debo a mi abuela. Ella había sido catequista y me enseñó a ver en los demás hombres a mis hermanos… lo mismo en aquel que me aprecia como en el que me ignora. Esto me ayudó a ser sociable… por apreciar la amistad no me ofendía el apodo que me habían puesto… lo verdaderamente importante era conservar la camaradería.

Hacía amigos con facilidad. A todos saludaba y todos me saludaban. A las bromas respondía con una sonrisa. Confieso que sonrío fácilmente porque me parece que sonriendo soy mejor aceptado.

Aprendí a servir sin buscar recompensa. Además, no hay mejor retribución que la sonrisa agradecida de aquel que nunca nos sonreía. No hay tiempo mejor empleado que el dedicado a escuchar a quien no tiene con quien hablar. Y aclaro que casi siempre escucho más de lo que hablo… Dios no me dotó con el don de la palabra…me dio el doble en paciencia y comprensión.

No me destaco por inteligente, en mi cabeza las ideas forman cortocircuitos… quizás por eso mi corazón brinde afecto a quien lo merece y a quienes no les interesa. Pero no me creo tonto pues voy por el mundo disfrutando -sin gastar ni un centavo- de esa alegría por la que tantos emplean caudales y muchas energías sin alcanzarla: La alegría de los hombres sencillos que dan más importancia al amor que al dinero… que tienen más conformidad que ambiciones y más esperanzas que preocupaciones.